

JON ARRETXE

612€UROS



erein

612€UROS

10

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1ª edición: Mayo de 2013

Título original:
612 €URO

Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández

Maquetación:
Erein

© De la traducción:
Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2013

ISBN: 978-84-9746-840-4

D.L.: SS-792/2013

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.com

www.erein.com

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JON ARRETXE

612€EUROS

erein

Para Inma y Edu

I
4 DE JULIO



1

El autobús procedente de París lleva apenas cinco minutos estacionado en la terminal de Bilbao. Es el fin del trayecto y todas las puertas del vehículo, incluidas las del maletero, están abiertas mientras los pasajeros se afanan por recuperar sus equipajes. Una escena de lo más normal si no fuera porque la mayoría, en lugar de abandonar el andén, se arremolina en torno a un chófer desconcertado, impotente ante el enfado y la indignación de los viajeros, que gesticulan y hacen aspavientos señalando hacia el portaequipajes y hacia las mochilas, bolsas de viaje y maletas que acaban de sacar de allí.

—A ver, si en las paradas no se ha acercado nadie a nuestras cosas —protesta una mujer—, ¿cómo es posible que haya desaparecido el neceser de mi maleta?

—¡A mí me han robado el ordenador! —grita un hombre.

—Pues también han abierto mi mochila, y me falta la cámara —se queja una joven mientras revuelve nerviosa entre sus pertenencias.

El conductor del autobús aguanta el chaparrón sin saber qué responder. Lleva muchos años haciendo todo tipo de rutas y jamás le ha sucedido algo similar. Ciertamente, en el camino se han detenido y él ha abierto el maletero varias veces, pero apenas durante unos pocos minutos y sin perder de vista el equipaje. Está seguro de que ningún extraño se ha acercado a él, y tampoco cree que el ladrón esté entre los pasajeros; es imposible que alguien haya podido coger todos esos objetos en un lapso de tiempo tan corto, es como si hubieran desaparecido por arte de magia. Por más vueltas que le da, no encuentra una explicación, y lo mismo le sucede al encargado de la oficina de la terminal, un hombre barbudo que se ha acercado e intenta calmar los ánimos.

Mientras tanto, un tipo de raza negra, bajito y regordete se aleja de la estación tranquilamente, sin prestar atención al espectáculo del andén. Tirando de un maletón de ruedas, cruza la calle por un paso de cebra, dobla una esquina y se detiene junto a unos contenedores. Mira a su derecha..., mira a su izquierda... y abre la maleta. De la misma sale un crío pequeñajo y delgado que no medirá mucho más de un metro y pesará alrededor de veinte kilos.

—¡Jopé, cuánto has tardado, papá! —protesta, con su aguda voz de pito—. ¡Casi me ahogo ahí dentro!

–No exageres, Garán, no será para tanto.

El niño se rasca la cabeza con gesto de fastidio.

–Ya te dije –insiste el padre– que hoy el juego duraría más que nunca. Pero, al menos, no has pasado hambre, ¿verdad?

–No, me he comido todos los gusanitos.

–¿Y el bocadillo?

–He dejado un trozo.

–Y eso, ¿por qué?

–Pues porque no me gusta el jamón york, ya sabes que prefiero el salchichón.

–Ya, pero el jamón york es más sano y engorda menos.

–Pero no me gusta.

–Vale, olvídate del bocata. Por lo demás, ¿bien?

–Bueno... lo peor han sido las ganas de hacer pis.

–¿No has usado el bote?

–Sí, ¿quieres que te lo enseñe?

–Deja, ya lo cojo yo.

El hombre saca de la maleta un frasco de cristal lleno de líquido amarillento y lo arroja al contenedor que tiene a su lado.

–¡Papá!, ¡que ahí se echan los plásticos!, ¡los cristales van al contenedor verde!

–¿Y tú cómo lo sabes, si en París no hay de esto?

–Lo he aprendido en clase: aquí el amarillo es para los plásticos, el verde para los cristales... ¿Quieres que saque de ahí el bote? –pregunta el chavalín, comenzando a trepar por el contenedor amarillo.

–No, ya lo cambiaré de sitio el basurero –le detiene el padre, enganchándolo por la cintura–. Entonces, aunque el viaje haya sido un poco largo, no te has aburrido demasiado, ¿no?

–¡Jopé que no!, sin la PSP...

–Ya te he dicho que la olvidé en casa, lo siento.

–¡He estado todo el rato sentado entre los equipajes, sin nada que hacer! –protesta–. Bueno, cuando se paraba el autobús, me metía rápidamente en nuestra maleta.

–¿Tenías sitio para entrar y salir? ¿Ha sido fácil?

–Sí, como siempre.

–¿Y no has pasado miedo?

–Ni esto –responde el niño, juntando las puntas de sus dedos índice y pulgar.

–¡Qué valiente!, ¡este es mi chico! –dice orgulloso el hombre, obsequiando con un cariñoso achuchón al niño, que se va animando poco a poco–. ¿Has abierto muchas maletas?

–Unas cuantas, sí. Y he encontrado cosas superchulas –los ojos del chiquillo comienzan a destellar, saca del maletón una mochila de Bob Esponja y la abre–. ¡Mira, papá, mira! –dice excitado.

–Aquí no, Garán –el hombre observa con desconfianza a su alrededor, no sin dirigir antes una fugaz mirada al interior de la mochila–. Ya examinaremos las cosas con calma cuando lleguemos a casa de tu tío; no debe de quedar muy lejos de aquí. Venga, mete la mochila dentro de la maleta y vámonos.

—¡No, en la maleta no! ¡Ya la llevo yo!

—¿Pero no pesa mucho?

—¡Qué va!

—Bueno, pues llévala tú. Pero cuidado con todo lo que hay dentro, y si te cansas, me lo dices, ¿me oyes?

—Vale.

El niño se cuelga la mochila a la espalda y coge la mano de su progenitor mientras este tira de la maleta. Así, cruzan la calle y se alejan al son del traqueteo del malletón semivacío, que va saltando sobre los desniveles de la acera. Cuando llegan al primer cruce se detienen de nuevo, esta vez para preguntar a un par de señoras por la dirección que el hombre lleva apuntada en un papel. Una de ellas comienza a darle explicaciones, señalando en dirección al barrio de San Francisco.

2

Aquella calurosa madrugada de primeros de julio volvía a casa reventado, y todo por culpa del maldito toro de fuego. Nunca hubiera imaginado que aquel trasto fuera tan pesado, ni siquiera cuando lo vi de cerca, mientras me hacían vestir unos ropajes especiales que con suerte me librarían de morir quemado, pero desde luego no asfixiado. Luego lo levantaron del suelo entre varios y ya era demasiado tarde para echarme atrás. “Sí, el nuestro pesa

un poquitín más de lo normal, como no es muy nuevo... Pero tú eres un tío cachas, así que ¡hala!, ¡a por ellos!” Eso fue lo que me dijeron los cabrones de la comisión de fiestas del barrio de Rekalde mientras me cargaban a la espalda aquel puto cajón con cuernos que se iba a convertir en un instrumento de tortura para mí.

Antes de dar cuatro pasos ya estaba sudando la gota gorda, ahogado de calor. Para colmo, no se conformaban con que hiciera el circuito caminando. Me dijeron que tenía que dar varias vueltas corriendo por aquella enorme plaza situada bajo la autopista, que la gente tenía ganas de caña. Bueno, pues allí que fui yo, metido en mi papel, como si fuera un toro de verdad, golpeado por los críos y azuzado por los borrachos que se divertían tirándome kalimotxo mientras a mis espaldas las bengalas chisporroteaban y los petardos explotaban sin parar.

Aquel absurdo espectáculo nocturno solo debió de durar unos minutos, pero para mí fue un suplicio interminable, y de ninguna manera se compensaba con el miserable billete de veinte euros que me dieron al final junto a las típicas palmaditas en la espalda: “¡has sido el mejor toro de fuego que hemos tenido!”, me decían algunos de los que habían estado corriendo; “¡menudas carreras, la gente se lo ha pasado bomba!”, otros que habían sido simples espectadores; “¡tienes que volver mañana, por favor!”, los de la comisión...

Por lo visto, en los últimos años habían tenido dificultades para encontrar voluntarios que hicieran de toro de

fuego, al menos por ese dinero. “Con esto de la crisis se ha reducido mucho nuestro presupuesto y, además, hay que pagar los seguros...”, trataban de justificarse. Otro tanto sucedía con los cabezudos que debían asustar a los críos, y parece que tenían el mismo problema en otros muchos barrios y pueblos de los alrededores, donde las comisiones habían tenido que recurrir a inmigrantes muertos de hambre para conseguir cabezudos y toros de fuego, buscando voluntarios entre los más fuertes, sobre todo entre los vendedores de quincalla senegaleses que, a menudo, estaban dispuestos a hacer cualquier cosa a cambio de una propinilla. Aunque, eso sí, después de probar, ni dios quería repetir la experiencia del toro de fuego, al menos en Rekalde.

El caso es que yo, muerto de hambre burkinés que no senegalés, tampoco tenía mucho a lo que agarrarme en aquellos tiempos, y accedí a hacer aquel trabajito. Si me lo llegan a proponer unos meses antes, me parto de risa; pero la verdad es que cuando me llamó Txema, el librero, no estaba pasando precisamente por mi mejor momento. Hacía semanas que no nos veíamos y me alegró volver a oír su voz. Y es que él era el mejor amigo que tenía en el Bilbao Blanco. Lo había conocido de pura casualidad en la librería de la calle Ledesma donde trabajaba, y gracias a su carácter, tan especial y tan abierto, enseguida nos hicimos algo así como colegas.

—¡Touré! —me gritó desde el otro lado del teléfono, con su habitual entusiasmo—. ¿Qué tal andas de curro últimamente?

–No muy bien, la verdad.

–¿Tienes algún caso entre manos?

–Ni uno.

–¿Y de la ópera, qué hay?

–Ya se ha terminado la temporada. Me han dicho que seguramente me llamarán para septiembre u octubre, pero hasta entonces no voy a ver un céntimo.

–Pues mira, precisamente ahora estoy en mi barrio, en Rekalde, ya sabes. Hoy me tocaba repartir unos libros por aquí –el feliciano de Txema salía todos los días de la librería Urtxintxa con unos cuantos paquetes, montaba su voluminoso cuerpo en una pequeña motocicleta y hacía una especie de servicio *telelibro* por Bilbao–. Y lo de siempre –continuó–, me he encontrado con un amigo por casualidad. Resulta que está en la comisión de fiestas del barrio y me ha hecho una propuesta que a lo mejor te interesa.

Y yo, a falta de algo mejor, acepté esa propuesta. La acepté, la cumplí y me arrepentí. Y me prometí a mí mismo que no me iban a pillar en otra así nunca más, ¡ni hablar! Si al menos hubiera vuelto a casa nada más terminar el trabajito, con el billete de veinte euros en el bolsillo, algún provecho habría sacado del sofocón, pero no lo hice, y el gran culpable, en este caso, fue Txema. En cuanto me quitaron de encima aquel cajón chamuscado que supuestamente era el toro, y antes de que pudiera recuperar el aliento, apareció de repente a mi lado y me saludó a su manera, dándome un par de zarpazos de oso en

la espalda. “¡Muy bien, Touré!”, me dijo, y, sin darme oportunidad de abrir la boca, me invitó a tomar unos tragos. Sabía de sobra que con él las excusas no servían de nada, era inútil resistirse. Además, qué demonios, necesitaba rehidratarme y tenía bien merecidas un par de cañas después del esfuerzo.

El problema es que no fueron solo un par de cañas, y claro, yendo de *txosna* en *txosna* los veinte euros no me duraron mucho. En nuestra ruta de poteo salvaje recorrimos todos los bares del barrio, uno cada dos metros, y terminamos metiéndonos entre pecho y espalda unos bocadillos de lomo renegrido que nos prepararon en una plancha bastante guarra. Luego, para rematar, pedimos unos churros de postre, y ahí fue donde volví a quedarme sin blanca. Pero, como siempre, mi insaciable compañero me dijo que no me preocupara por la pasta, que él pagaría los siguientes tragos. El final no podía ser de otra manera: terminamos con un pedo impresionante. Y, como era habitual cada vez que Txema me enredaba, tuve que aprovechar una de sus visitas al servicio para escaquearme sin que se diera cuenta.

Cuando llegué a Zabalburu llevaría media hora caminando, y el reloj de la plaza ya marcaba las tres de la madrugada. Iba mirando la hora mientras cruzaba la carretera medio atontado y casi no vi llegar a un coche que se acercaba a todo gas. El conductor dio un volantazo, y por un segundo pensé que iba a atropellarme. Pero no, solo se trataba de una cuadrilla de pijos blancos con

ganas de hacer la gracia. Después del frenazo con el que se dejaron las ruedas pegadas al asfalto, soltaron algún chiste malo relacionado con el color de mi piel y luego salieron derrapando, no sé si más orgullosos de su ruidoso tubo de escape o de su agudo ingenio de niños.

Con el susto me espabilé un poco, pero la vuelta se me estaba haciendo eterna. Dejé atrás la plaza de Zaballurru y por fin avisté la entrada a mi barrio: San Francisco. Al cruzar la trinchera de las vías del tren por el puente de Cantalojas, observé a unos cuantos africanos tumbados sobre los bancos de la plaza del Doctor Fleming. Eso me hizo recordar la mala racha que yo mismo estaba atravesando, y pensé que, de seguir así, pronto acabaría yo también durmiendo en la calle. Ya veía lejano el golpe de suerte que había tenido a finales de 2011, cuando entré en el mundo de la ópera por uno de esos caprichos del destino. Parece ser que andaban a falta de voces graves como la mía, y me hicieron una oferta que ni yo mismo podía creerme. Así empecé a cobrar un buen dinero por cantar, o hacer como que cantaba, en el Coro de Ópera de Bilbao. Además, allí mismo tenía mi segunda fuente de ingresos: Charo, la soprano madurita que me había enchufado y que, de vez en cuando, se aprovechaba de mis supuestos encantos, lo cual no me importaba en absoluto teniendo en cuenta que la tía estaba forrada y que era muy generosa conmigo. Así que todo iba de cine.

Esta situación se prolongó durante unos meses, hasta bien entrado 2012. Nunca había manejado tanta pasta y,

por supuesto, no se me ocurrió ahorrar nada. Gran parte de lo que ganaba se lo enviaba a mi familia, la mayoría seguían en Gorom-Gorom, y otra cantidad importante la destiné al alquiler de una habitación para mí solo dentro del piso donde vivía con otros africanos. Hasta entonces había compartido cuarto con el malí Osmán, el más veterano de todos, pero luego pasé a ocupar la habitación de los senegaleses que acababan de mandar de vuelta a África. Entonces no me parecía un gran problema pagar trescientos euros al mes en lugar de ciento cincuenta, y me veía sobrado para colaborar con los gastos e incluso para ayudar a mis compañeros de piso, tal y como habían hecho ellos antes conmigo, especialmente Osmán. Además, estaba lo de los papeles: ya había entregado casi dos mil euros a un abogado que parecía de fiar para que fuera agilizando los trámites, y parecía que el dichoso permiso de trabajo y residencia, ese documento que los extranjeros necesitamos para poder vivir en paz, por fin estaba al caer.

Como el dinero me llegaba a manos llenas, ninguno de aquellos gastos me preocupaba. Pero en abril las cosas empezaron a torcerse. Las siguientes óperas programadas en el Euskalduna solo precisaban de un coro pequeño y ya no eran necesarios colaboradores como yo. A partir de entonces no vi ni un céntimo procedente del canto, y además Charo dejó de llamarme. Posiblemente se habría aburrido de mí, o tal vez se habría encaprichado de algún otro negro, algo muy probable teniendo en

cuenta lo que ella misma me confesó un día hablando sobre sus prácticas habituales.

Así las cosas, y como se estaba haciendo imposible conseguir los seiscientos doce euros de la RGI, incluso teniendo papeles, solo me quedaba mi tercera fuente de ingresos, la que, al menos en teoría, era mi verdadera profesión: echador de cauris, adivino, hechicero, mago, investigador, o como se le quiera llamar. Lo malo era que aquel grifo también estaba medio seco y apenas salían unas tristes gotas de vez en cuando. A falta de propuestas interesantes, tenía que conformarme con la visita esporádica de alguno de los africanos que vivía por el barrio. Recurrían a mí para que les adivinara el futuro a través de los cauris: si iban a conseguir trabajo, si solucionarían pronto el tema de los papeles, si podrían traer pronto a su familia... Pero la gran mayoría de ellos no podían pagarme y dejaban la deuda pendiente hasta conseguir aquel trabajo que yo acababa de anunciarles. Fuera como fuese, si en el Bilbao Blanco había crisis, el problema era mucho más grave en la Pequeña África de San Francisco.

Iba rumiando estas ideas mientras me acercaba a mi portal, a través de la larga calle que da nombre al barrio de San Francisco, sintiendo el peso de la mirada vigilante de las cámaras fijas, que teóricamente estaban allí solo para controlar la delincuencia. En el cruce de la Dos de Mayo, el lugar preferido por los magrebíes, no había ni un alma; sin embargo, se intuía movimiento en la parte

más baja de la calle, allí donde clubs y *after-hours* abrían sus puertas cada noche. Un poco más adelante, en el cruce con la calle Cantera, di un rodeo para esquivar los coches de la Ertzaintza que solían estar allí haciendo guardia.

Por fin llegué al número 43. Vino a mi mente la imagen del colchón que me esperaba en el cuarto y, suspirando por llegar cuanto antes y dejarme caer sobre él como un saco, entré en el portal y comencé a subir los escalones, envuelto en los efectos del alcohol y el sueño. Ni por lo más remoto podía imaginar que, al llegar al descansillo del segundo piso, me iba a encontrar con un africano pequeño y gordo sentado junto a la puerta de casa. Por si esto fuera poco, el hombre no estaba solo, a su lado había un niño durmiendo, con la cabeza recostada sobre un maletón.

3

—¡Hermano! —aquel grito me sacudió de tal forma que los ojos se me abrieron al instante.

Antes de que pudiera reaccionar, el tipo se puso en pie y me abrazó visiblemente emocionado. Su cabeza apenas me llegaba a la altura del pecho, y ahí la apoyó fraternalmente durante unos segundos; luego levantó la mirada, ancló sus manos en mis hombros y empezó a preguntar.

—¿Qué tal tus padres?

—Bien.

—¿Y tu mujer?

—Bien.

—¿Y tus hijos?

—Bien.

—...

Mientras cumplíamos con el interminable protocolo africano de preguntas de cortesía, miré por encima de la cabeza de aquel hombre y vi cómo empezaba a despertarse el niño que le acompañaba. El crío se frotó los ojos y luego se me quedó mirando. No le conocía de nada y otro tanto me pasaba con el hombrecillo que todavía tenía colgado del cuello.

—Oye, ¿me has llamado “hermano”? —le pregunté mientras me liberaba de sus tentáculos. Intenté encontrar algo familiar en aquella cara. Era un africano de treinta y tantos años, quizás algo más joven que yo, y no me sonaba de nada.

—¡Claro!, ¿No te acuerdas de mí, Mamou? —era la abreviatura de Mahamoud, así me llamaban mis familiares—. Yo también soy Touré, como tú. Nuestros padres eran hermanos, o primos por lo menos. Tú naciste en Gorom-Gorom y yo en Bani, el pueblo de las siete mezquitas, ya sabes. Mi padre se fue a Costa de Marfil buscando trabajo y cuando murió mi madre me llevaron a tu casa, así que nos criamos juntos durante unos años, hasta que mi padre volvió y me llevó con él. ¿Todavía no te acuerdas de mí?

Pues no me acordaba, no, y aún me quedé inmóvil un rato, observándole incrédulo. Historias como la que acababa de escuchar eran habituales en Burkina Faso, y era posible que aquel hombre estuviera diciendo la verdad, tan posible como que se tratara de un farsante y se lo hubiera inventado todo. La verdad es que durante mi niñez nos juntábamos en nuestra gran casa de Gorom-Gorom un montón de críos para jugar, comer e incluso dormir, así que nunca tuve muy claro quienes eran mis hermanos, mis primos o simplemente mis vecinos.

El hombrecillo debió de percibir mi desconfianza, porque enseguida probó con otro argumento:

–Venimos de París, tu hija nos ha dado esta dirección.

–¿Sira? –se me despejó la mente en el acto. Hacía mucho tiempo que no la veía, nuestra única relación era alguna que otra llamada telefónica–. ¿Está bien?

–Sí, y cada vez más guapa. Mi sobrina se está convirtiendo en un pedazo de mujer que... –no me gustó nada el tono de aquellas últimas palabras.

–¿Sabes a qué se dedica ahora?

–Pues a lo de siempre –parecía sorprenderle que yo no lo supiera–, a cuidar niños. También se ha ocupado de Garán algunas veces.

Señaló al crío que, sentado en la escalera, permanecía callado, mirándome con ojitos lastimeros. No sé si el gordo le diría que pusiera aquella cara, pero estaba consiguiendo despertar mi compasión.

–¿Cuántos años tiene? –pregunté.

—¿Tu sobrino? Seis.

—Pues aparenta menos.

—Es bajito, como su padre.

—Y muy flaco, demasiado. ¿Le das bien de comer?

—Claro, lo que pasa es que está todo el día corriendo y saltando. Así es imposible engordar.

No tenía nada claro qué debía creer de todo lo que estaba escuchando, y qué no, pero la verdad es que mi supuesto sobrino me dio pena y no me vi capaz de dejarle en la calle, así que abrí la puerta y les invité a entrar, aun siendo consciente de lo arriesgado de mi decisión. Y es que cuando abres la puerta de tu casa a un africano, nunca se sabe, lo mismo desaparece al día siguiente sin despedirse como se queda acampado en el sofá durante meses.

No se oía ningún ruido en todo el piso ni se veía luz en las habitaciones; por lo visto, todos estaban durmiendo. Guíé a mis “invitados” a través del pasillo, hacia mi cuarto, y al pasar por la cocina, vi cómo se les quedaban los ojos pegados a una cazuela que había sobre los fogones fríos.

—¿Habéis cenado?

—Poca cosa.

—Pues dejad la maleta ahí dentro —señalé mi habitación— y venid para acá.

En cuestión de segundos estaban de vuelta y en cuanto puse sobre la mesa las sobras de arroz recalentadas, empezaron a devorarlas como si no hubieran probado bocado en días.

–Todavía no me has dicho tu nombre –le solté a mi supuesto hermano.

–Todo el mundo me llama Touré pero, como tú también eres Touré, puedes llamarme Cissé. Mi hijo es Garán, ¿te lo he dicho?

–Sí, me lo has dicho.

Me quedé observando la ansiedad con que tragaba el arroz el niño y me acordé de los dos hijos que había dejado en Gorom-Gorom, junto a mi mujer. El más pequeño sería más o menos de la misma edad de aquel que tenía enfrente.

–No pienses que queremos abusar de tu hospitalidad –dijo Cissé, interrumpiendo mis pensamientos.

–Ya.

–Ahora mismo no llevo dinero encima, ni un céntimo –decía mientras chupeteaba un ala de pollo–, pero mañana puedo conseguir mucho. Solo necesito una cosa.

–¿Qué cosa?

–Un sitio donde colocar un poco de género.

–¿Un poco de género? –cogí con los dedos un trozo de pollo del plato de Cissé y lo pasé al del niño–. ¿Qué tipo de género?

–Algunas cosillas que me han regalado unos amigos de París, trastos que ellos ya no necesitan: algún ordenador viejo, alguna cámara...

Quise creerme que todos aquellos “trastos” eran de verdad regalos de sus amigos y le di las señas del locutorio del primo de Osmán.

–Desde ese local también puedes mandar dinero a tu familia –añadí.

–Claro, todos los locutorios tienen ese servicio. Y ya me gustaría, pero es que no tenemos a quién enviar nada, ya no nos queda familia en Burkina Faso. Mi padre volvió a esfumarse, parece que esta vez para siempre, y el resto de parientes se marchó, igual que nosotros. Ahora estamos repartidos por toda Europa.

–¿Y la madre de Garán?

–Murió.

–¿No tienes más hijos?

–Que yo sepa, no.

Volví a preguntarme por enésima vez qué podía creerme de todo lo que me estaba contando aquel tipo. No me fiaba de su inocente sonrisa, pero tenía la sensación de que era inútil seguir preguntando.

–Si consigo vender lo que he traído –insistió Cissé–, podré colaborar un poco con los gastos de la casa mientras estemos aquí.

Todavía estaba pensando en el significado de aquel “mientras estemos aquí” cuando me di cuenta de que el crío había terminado de cenar, había dejado el plato limpio y se estaba quedando dormido otra vez. Me levanté de la mesa haciéndoles un gesto para que me siguieran.

–Tengo dos colchones –el que estaba contra la pared lo coloqué sobre el suelo de mi cuarto –, vosotros podéis dormir en este. Las últimas noches está haciendo mucho calor, así que no vais a necesitar mantas.

–Estaremos muy bien, Mamou, no sabes cómo te agradezco lo que estás haciendo por nosotros.

Cissé hizo un amago de volver a colgarse de mis hombros, pero lo esquivé dirigiéndome hacia la puerta.

–Es tarde –le dije–, será mejor que os acostéis. Voy a fregar los cacharros y vuelvo enseguida.

Cerré la puerta del cuarto, regresé a la cocina y allí permanecí pensativo durante unos minutos. No se oía nada en toda la casa. La habitación contigua a la mía era la de Osmán y las otras dos estaban ocupadas por seis senegaleses jóvenes que se dedicaban a la venta ambulante. Nos arreglábamos bien y sabía que nadie se tomaría a mal lo de los nuevos compañeros de piso, sobre todo tratándose de familiares. A pesar de todo, intenté convencerme a mí mismo de que la estancia de aquellos personajes no se prolongaría demasiado.

Aquel encuentro sorpresa me había espabilado, incluso me había hecho olvidar por un rato la paliza que me había dado en las fiestas de Rekalde; pero el cansancio estaba de vuelta, así que recogí rápidamente la cocina para irme a dormir cuanto antes. Cuando entré de nuevo en la habitación, mis nuevos parientes roncaban.